

El padre

La luz de Masnou era entonces tan radiante que dolían los ojos al mirarla. Ahora ya todo está como apagado, mis ojos, las ganas de mirar, la misma luz. La vida entera se ha ido apagando como se apagan las personas y los días y las velas de las iglesias y de los cementerios.

Subíamos a la iglesia por la calle de las escaleras. Mi padre era muy alto y muy delgado, iba siempre con un abrigo gris incluso cuando había aquella luz tan radiante. Una mano la tenía en el bolsillo del abrigo y la otra la tenía a un costado, y cuando se paraba o escuchaba a alguien movía los dedos muy suavemente. No miraba a la gente: sonreía y miraba un poco hacia otro lado. Sonreía porque casi no hablaba. Subíamos por las escaleras y de pronto se paraba para que mirase el pueblo, más tarde otra vez, porque ya se veía el colegio de las monjas y luego nuestra casa con el bosque de Guarino y la fábrica de hilos. Llegábamos a la plaza de la iglesia y yo casi no podía respirar y miraba a mi padre pero él nunca respiraba. Caminaba sin mirar a nadie, sonreía sin sacarse la mano del bolsillo y entraba en la iglesia y nos sentábamos en el banco que guardaban para él.

Aquella vez, cuando iba a entrar, le paró Puig, un pintor de brocha gorda que iba siempre con su mono de pintor, incluso los domingos, aunque los domingos iba a los bares ya por la mañana, ya salía de su casa borracho, y se paraba a hablar con todo el mundo. Pero no con mi padre. «Buenos días, don Joaquín», decía casi haciendo una reverencia y apartándose como para no mancharle de pintura. Pero esa vez estaba en la plaza de la iglesia no sé por qué, porque el nunca iba a misa y en la plaza no había ningún bar. Desde la plaza se veía el mar y las casas delante del mar, llenas de palmeras, como la del músico Comellas que ahora es un hombre muy triste que ha perdido la memoria y duerme en los bancos de

la calle porque no se acuerda dónde está su casa que además hace mucho tiempo que vendió. Todos en Masnou vendieron sus casas. La gente que las ha comprado no tiene nada que ver con nada de lo de entonces. Podrían incluso cambiarle el nombre al pueblo y no se enterarían o no les importaría. Tampoco Comellas es el de entonces porque no se acuerda de nada de lo que era entonces, ni siquiera de donde está su casa. Tal vez de una sola cosa se acuerda, pero como es una cosa de la que nunca se habló, que ocurrió pero que no se mencionó, es como si no hubiese ocurrido. Y yo me acuerdo no porque tenga más memoria sino porque no podría olvidarlo aunque hubiese perdido toda la memoria, hasta la memoria de saber que vamos a morir, que es lo que jamás se olvida. Porque es verdad que muchos han muerto sin saber que se estaban muriendo. Mi abuelo estaba en la cama con los ojos abiertos que no miraban a ninguna parte y de pronto, aunque estábamos allí, cerró los ojos sin mirarnos antes y no los volvió a abrir. En cambio Puig sí que se dio cuenta de su muerte.

Los hijos de Puig iban al colegio, pero nadie jugaba con ellos. No porque el padre fuese pintor de brocha gorda y nunca estuviese vestido como una persona. Y tampoco porque los sábados y los domingos en vez de pasear por el Camino Real o sentarse en la rotonda del Casino, aunque no le habrían dejado, o ir a La Calandria a jugar al dominó con los otros obreros, iba a todos los bares y luego paraba a la gente en la calle y si la gente no le hacía caso entonces hablaba solo. A mí me paraba, me tocaba la cara con una mano muy grande y áspera que olía a cal, como las paredes de las casas, y me decía «Tu padre fue muy bueno en el hospital. Si no hubiese sido por él, me habrían matado. ¿Comprendes muchacho por qué le respeto tanto?» Y se le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba la voz. Y cada vez que veo a un borracho y yo mismo cuando estoy solo y temblando de tristeza, me acuerdo de Puig. Si le viese en la calle, con su mono lleno de pintura, le abrazaría y le preguntaría las cosas que él nunca me dijo y de las que los demás nunca quisieron hablar.

Las calles de Masnou eran de tierra, menos las que llevaban a la iglesia, que eran guijarros y el Camino Real que era una acera muy grande, con plátanos quemados por la luz y la sal. Ahora no. Ahora Masnou es un pueblo de asfalto porque es la prolongación de Barcelona, que es de asfalto, y se prolonga hasta el final del mundo, que es también de asfalto. El colegio estaba cerca de la fábrica de hilo. A la hora del recreo jugábamos al fútbol en la calle de tierra. Todos menos Maribel, que era la que en el colegio le hacía cosas al maestro, y los hijos de Puig, Pere Joan y Santiago. Al padre le conocía todo el mundo, muchos desde que era pequeño, como luego nosotros nos conocíamos todos. Como tantos en el pueblo, había sido

republicano, porque tampoco era fácil ser otra cosa. Pero al terminar la guerra los demás supieron callarse a tiempo y vivieron como si no hubiese habido ninguna guerra ni nadie hubiese perdido nada. Pero Puig, como Massana (al que sólo le pudieron encontrar la cabeza con la lengua cortada en un cubo lleno de excremento en la puerta de su tienda), que al principio no salía nunca de su casa por miedo, como todos, cuando las calles de tierra del pueblo estaban vacías y por el Camino Real sólo se paseaban los camisas azules, empezó a ir a los bares y a parar a la gente en la calle para decir cosas en voz baja que nadie quería oír. Y luego en voz alta. Y la gente no le miraba para no tener que contestarle. Como si no se conociesen de nada aunque se conocían desde el colegio, el mismo colegio al que luego fui yo y fueron sus hijos y que ahora está cerrado para siempre desde que descubrieron lo de los maestros y algunos niños. De eso tampoco se habló: cerraron el colegio y ahora no es nada, es una casa vacía, sin número, todavía con una bonita terraza y unos cristales cegados por el polvo que me impiden verme a mí, a Morancho, a Mauri, a Ramentol, a Carlos Pinazo, a Pere Joan, a Santi o a Lafau que está muerto como tantos otros. Porque mi Masnou es el de los muertos. El de los vivos no tiene que ver nada conmigo, y como no puedo verme dentro, me veo, a través de este aire apagado de ahora, en la luz radiante de entonces, jugando al fútbol o a correr mientras Pere Joan y Santi estaban apoyados en la pared del colegio, sin hablarse ni hablar con nadie, y esperando que se terminase otra vez el recreo.

Casi todo lo que sabíamos de Puig era por Marina, que venía a casa a lavarnos la ropa y hablaba todo el tiempo con mi madre. Yo no tenía que salir de casa para conocer a la gente de Masnou. Tantos sitios en los que no había estado, como en la granja de los Jordán, o en el matadero, o en la casa de las hermanas locas, que además eran ciegas, y cuando luego estuve en estos sitios, eran exactamente como lo había contado Marina. Tanto que muchas veces no sé si recuerdo lo que contaba ella o lo que luego vi yo. Ella también había estado en el hospital cuando la guerra y también decía que mi padre se había portado muy bien con tanta gente y que muchos le debían la vida y uno de ellos era Puig. Puig había estado en el frente con el marido de Marina y con muchos del pueblo que luego murieron, aunque muertos ya lo están todos, ya no queda nadie de entonces. Masnou es un pueblo que pertenece a la historia y de esa historia no se acuerda nadie en Masnou. Nosotros en cambio íbamos a la Biblioteca Municipal a mirar *La Enciclopedia Espasa* porque salía una fotografía de la iglesia parroquial de cuando era una iglesia bonita, no esa caja de zapatos con chimenea que es ahora. Y había casi una página explicando la historia del pueblo y de los capitanes que iban a América y de los indios

que volvieron de América a plantar palmeras en las casas, como la de Comellas o incluso la que hay en el centro del patio del colegio de las monjas. Son palmeras de gente que volvió porque tenía nostalgia de Masnou y que plantaron palmeras porque tenían nostalgia de Cuba: plantaban palmeras, bebían caña, vestían a sus hijas, que parecían cubanas, como cubanas, y vivían siempre en casas desde las que se veía el mar. Las casas están allí. Los que no están son ellos. Y no son casas cerradas, como el colegio. Por eso uno regresa a Masnou y cree que está en un pueblo, si es que sigue siendo un pueblo, de usurpadores.

A Puig lo hirieron en el frente y tuvo que volver a Masnou. Primero fue al hospital como enfermo y luego se quedó allí como ayudante de enfermero. Ayudante de mi padre, que había sido el único de la familia que se había quedado con los republicanos porque estaba en un hospital y a él nunca le interesó la guerra; no creía ni en un bando ni en el otro. Por eso pudo portarse tan bien, porque cuando ganaron los nacionales a él no le pasó nada, porque no participó en la guerra y porque mis tíos habían tenido y siguieron teniendo cargos importantes. A Puig y a muchos más iban a fusilarlos en la plaza de la iglesia como ya habían hecho antes con otros a los que les hicieron pintar en la pared de la iglesia los nombres de los «gloriosos caídos», como llamaban a los que murieron por la Causa, también pintar el yugo y las flechas. Mientras pintaban, sonaba un disparo y gritaban que al que dejase de pintar o se volviese, lo mataban en el acto. Sólo se salvó uno, Pagés, el marido de Marina, porque había sido chófer y el alcalde lo quería a él como chófer. Mi padre consiguió salvar a varios de los que habían trabajado con él en el hospital. Eso lo contaba Marina, no mi padre. Mi padre no hablaba nunca, ni con nosotros ni con mi madre ni con Marina. A veces llegaba algún amigo, se sentaban en los sillones de mimbre debajo de la acacia, y se les oía hablar, siempre en voz baja, siempre con una mano en el bolsillo de la chaqueta, y moviendo imperceptiblemente los dedos de la otra, y sonriendo sin mirar a ningún lado.

Mi madre y Marina sí que hablaban y se reían. Casi siempre hablaban de lo mismo. Marina nos había regalado dos conejitos. Me los había regalado a mí, porque yo era su preferido. Pero cuando los metimos en la jaula eran ya de todos. La misma Marina nos llevó al descampado de las hierbas para enseñarnos cuáles eran las hierbas buenas y las malas. Por suerte las buenas eran las más feas y no tenían flores. Cada vez que nos aburríamos en el jardín, íbamos a mirar a los conejitos, arrancábamos ramas de acacia con cuidado de que nuestro padre no se diese cuenta, y hacíamos apuestas para ver cuánto tiempo podían pasar los conejos sin sacar sus bolitas negras. Un día Marina habló con mi madre y fue al lavadero sin la ropa pero con la pala para golpear la ropa, sacó a un conejo de

la jaula, lo agarró por las patas y le dio dos golpes muy fuertes en la nuca. Yo me fui corriendo a casa, a llorar: por el conejo muerto, por el que se quedaba solo en la jaula, porque también al que estaba solo en la jaula lo iban a matar de la misma forma, y porque aunque uno de nuestros juegos era matar hormigas, escarabajos o lagartijas, era la primera vez que veía de verdad la muerte: el conejo movió desesperadamente las patas, luego todo el cuerpo, y de pronto se quedó rígido, sin mirar ya a ningún lado. Y Marina lo había hecho delante de nosotros y del otro conejo.

Cuando al día siguiente fui al colegio, no quise jugar a la hora del recreo, pero tampoco quería estar solo. Con Maribel no quería estar, porque todos sabíamos lo que le hacía al maestro, una vez hasta en la clase lo estuvo haciendo, mientras el maestro le pedía que le señalase los ríos del mapa del libro de geografía, luego le dijo que se fuera a sentar y él se limpiaba con un pañuelo. Entonces me acerqué a Pere Joan y a Santi, estuvimos callados hasta que les conté lo del conejo. Yo pensaba que ellos iban a escucharme y a ser simpáticos conmigo, porque les estaba hablando casi con lágrimas, y porque mi padre se había portado tan bien con el de ellos. Pere Joan, que era el que no hablaba nunca y por eso ni le preguntaban en clase, me dijo: «En mi casa no comemos carne» y se alejó con su hermano. Lloré tanto que estuve todo el rato tratando de que no se me viera la cara, pero yo mismo me oía llorar. Y al día siguiente, que era fiesta, todos comieron conejo y yo también, porque le tenía miedo a mi padre cuando hacía algo que no estaba bien. Y mi padre aquel día habló para decir que había sido una idea excelente, y que cuando matasen al otro podrían invitar a los Lozano o a Miguel y Blanca. Yo no quería que matasen al otro conejo, sobre todo porque no quería que Marina nos regalase dos conejitos más. El único momento en que los conejos dejan de sacar sus bolitas negras es cuando están muertos.

Nunca supe si era por eso por lo que le tenía miedo a mi padre. Un día estábamos en una casa con un jardín muy grande que luego se convertía en huerta. A mi padre siempre le habían gustado mucho las flores y hasta había escrito un libro sobre cómo plantarlas y cuidarlas. No le gustaban las flores en los jarrones, sino en el jardín. Y cada vez que alguien quería tener un jardín, pedía consejo a mi padre. Subiendo por la carretera de casa, como yendo a Teyá, habían empezado una urbanización llamada California, porque las casas parecían de película americana, muy grandes, con porches y con jardines ondulados. Aunque a mi padre no le gustaban los nuevos ricos, sí que le gustaban si querían poner un jardín, y entonces le invitaban a comer y él les daba ideas de dónde plantar cada planta, según la hora en que daba el sol, o según la calidad de la tierra. Luego se sentaban y hablaban de otras cosas, y mi padre asentía, carraspeaba muy

flojito y movía los dedos o se acariciaba una mano con la otra, sólo un rato. Las plantas y la semillas iban a comprarlas a la casa de la huerta, que era la del alcalde, uno de los pocos amigos que mi padre tenía en Masnou. Aquel día estaba también Armengol, el jardinero, que era además el que nos traía el carbón hasta que mi padre dijo que no quería volver a verlo por casa, a pesar de que había sido uno de los que él salvó al terminar la guerra o, como decía mi padre, la contienda: unos eran blancos y otros rojos, unos hicieron la contienda o la cruzada y otros la guerra, unos eran nacionales y los otros nunca supimos qué eran. En la casa de la huerta mi padre hablaba más y hasta hablaba de política y de la gente del pueblo. Armengol una vez había sugerido que por qué, al lado de los nombres de los caídos no ponían también el nombre de los muertos, al fin y al cabo que había habido una guerra civil lo aceptaban todos, y lo importante era recordar a todos los masnouenses que habían muerto, muchos de ellos sin saber por qué morían. Fue entonces cuando mi padre, esta vez la única vez que lo vi enfadado, le dijo a mi madre que ni Armengol ni nadie que hablase de la guerra delante de nosotros volvería a pisar nuestra casa. Y aquel día también Armengol había ido a la casa de la huerta.

Otra vez recuerdo la luz. Del Masnou de entonces, el real y el que ha dejado de existir pero no de ser real, lo que más recuerdo son las luces y las sombras, y todo lo que recuerdo (y lo recuerdo todo) es por la luz que tenía: la oscuridad del lavadero, la del bar *Rosés*, la de la lechería, la de casa de Emilio, donde comprábamos los huevos, la del zapatero Massana. Y la luz del jardín, la de la playa, la del cielo de la plaza de la iglesia, la de la bóveda de azulejos del Asilo o la del frontón del Casino, por la mañana. Y también a los chicos y a la chicas de las casetas o en el baile. Y cuando caminaba iba siguiendo las rayas de luz, o pisando sólo las sombras de los árboles, y me gustaba mirar las sombras de las casas cómo iban cambiando de forma. Pero sólo una luz recuerdo tan intensa como la del día de la huerta en la que llegó Armengol a podar. Era la primera vez que le veía allí. Saludó al alcalde y luego a mi padre. Mi padre, sin levantarse, movió ligeramente la cabeza y sonrió, aunque no se podía decir a quién estaba mirado o sonriendo. A partir de entonces, las cosas no las recuerdo bien. Quiero decir que no estoy seguro de si fue lo que vi o una interpretación de lo que vi. Armengol caminó hacia la huerta, muy poco más tarde le siguió el alcalde y, tras un momento de indecisión, mi padre se levantó y siguió al alcalde. De pronto, dejé de verles. Me sorprendió que mi padre no me dijera que le siguiera o que le esperara. Oí un grito horrible y eché a correr y oí también la voz serena de mi padre que decía: «la cuerda está podrida, Josep» y vi que se limpiaba la mano en el pantalón, se la quedaba mirando por un momento y caminaba hacia mí diciendo algo que no pude oír bien, porque los gritos del

pozo seguían llamando desesperadamente, hasta que no se oyó nada más. «¡Qué imprudencia!», dijo el alcalde. «Mejor que vayamos al Juzgado y que ellos se encarguen de avisar a la familia. ¡A quién se le ocurre atar la cuerda a la polea para bajar al pozo!» No volvieron a hablarse. Nos dirigimos al Juzgado Municipal y luego me llevaron a casa. Mi padre volvió a salir y yo no lloré porque me entró miedo al recordar el grito en el pozo y pensé que no tenía que llorar. Sabía que Armengol estaba en el pozo, muerto, y sólo más tarde pensé que no podía haberse muerto al caer, porque de ser así no hubiese oído los gritos después de que mi padre le hablase. Y pensé que mi padre, que había salvado a tanta gente en el hospital, ahora no podía salvar a un hombre agarrado a una cuerda podrida.

En la iglesia mi padre siempre me daba un billete de cien para que lo pusiese en la bandeja. Primero pasaban los monaguillos con el cepillo, y mi padre metía cada vez una moneda por la ranura, que es lo que me hubiese gustado hacer a mí, y después del sermón pasaba mosén Riera, que saludaba con una inclinación a los que ponían el dinero. En la misa de doce todos ponían dinero. Yo era el único de los hermanos que iba a la misa con mi padre, porque era el que más se parecía a él. A la hora de la comunión me decía que me levantase para ir a comulgar, aunque muchas veces no me había confesado. Después de la comunión yo rezaba un rato con los ojos cerrados, esperando a que la hostia se derritiera, y entonces salíamos. Esta vez salimos al final de todo. Hacía tanto sol que no podía ver nada. Puig se acercó a mi padre: mi padre y yo bajábamos la escalera y él subía. Mi padre siguió bajando, sin mirarle y entonces Puig dijo, casi gritando, como desesperado, que le debía la vida, que le había salvado a pesar de que... «¡Cállese, majadero!» le dijo mi padre, pero ahora Puig bajaba para poder ponerse delante y hablarle. Mi padre sacó la mano del bolsillo y le dio dos bofetones en la boca que lo tumbaron al suelo. Mi padre me dijo que no mirase, esta vez me agarró de la mano y nos fuimos a casa. Yo no quería pensar en lo que podrían decirme Pere Joan y Santi al día siguiente, en el colegio. Pero al día siguiente no fueron al colegio y no volví a verles nunca más. A Puig lo encontraron al amanecer delante de la iglesia. Había pintado una lista de nombres en la pared, a lado de los nombres de los caídos por Dios y por España, Millet, Puig, Maristany, Estapé, Mas, Tabaras, Nebot, Mirapeig, Ramentol, Pons, Deulofeu, y muchos eran nombres como los del otro lado. Y al final había escrito su nombre: Josep Maria Puig Guardiola. En una mano tenía la brocha y en la otra la pistola con la que se había destrozado la cara.

Juan Antonio Masoliver